

Aceptación de Cristo y refugio en Cristo, debe ser la consigna que subordine las riquezas de la existencia y las posibilidades de acción.

Al concluir cada uno de estos ensayos, nos queda en el alma la inquietud palpitante del momento actual, plenamente vivido. La angustia ante la inseguridad y el miedo a fuerzas tan poderosas, queda flotando en una atmósfera de fe cristiana, que juzga las conquistas técnicas como galardón del espíritu humano, siempre que su utilización esté presidida por la ley del amor, supremo móvil del hombre.

Despunta en nosotros una nueva esperanza de calor un poco más hondo, en la espesura del problema humano.

M. COLOMBA BOLAÑOS.

JUAN CARLOS GHIANO, *Lugones escritor*. Ed. Raigal. Buenos Aires, 1955.

Es del caso advertir que Juan Carlos Ghiano, autor de estas meditaciones y prolijas, aunque ágiles apreciaciones críticas de la obra total de Leopoldo Lugones, se adelanta a autodefinirlas modestamente, sobriamente, como "Notas para un análisis estilístico".

Ghiano ha logrado, en tiempo relativamente corto, acreditarse en este casi inexpugnable sector intelectual que es el de la crítica literaria, mediante algún libro, apariciones poco frecuentes en revistas especializadas y con la dirección de la Biblioteca "Juan María Gutiérrez", que le ha encomendado la Editorial Raigal.

Lugones escritor, octavo título de aquella serie en la cual ya diera, además, su ensayo *Constantes de la literatura argentina*, iníciase con una "Cronología lugoniana", explícito esquema que permite abarcar la trayectoria de una vida tan intensa como proficua, y ayuda igualmente a comprender las evoluciones de aquel gran espíritu, por cuanto no sólo consta del dato informativo escueto sino que, por lo común, el hecho biográfico o bibliográfico aparece enmarcado en pertinentes transcripciones de fragmentos lugonianos.

El segundo capítulo —"Situación de Lugones"—, léese con la misma complacencia y el mismo respeto con que fué escrito, en recordación emocionada y en reconocimiento emocionante de

una conducta límpida, de una hombría ejemplar: "Lo ejemplar lugoniano radica no en la variante de retóricas que despliega su obra, sino en la formación responsable que propone a nuestro hombre de pensamiento, para ahondarse en conciencia vigilante. Con todas sus contradicciones, supo vivir en nobleza de conducta, que le permitió gritar sus críticas, arrojándolas con la autoridad que sólo se alcanza en constancia de vida digna".

En el capítulo inmediato —"El lenguaje"—, expone con amplitud y con detalle, las búsquedas elocutivas del prosista y del poeta, siempre atento al ser y a la expresión genuinamente nacionales. Al término de ese aplicado análisis, Ghiano asevera: "Para salvar sus conflictos de expresión, cada escritor recurre a lo que cree más eficaz: Lugones estudió las lenguas clásicas y las europeas modernas, también los escritores castizos españoles, en particular Quevedo, eligiendo el camino legítimo y más difícil, la creación de la palabra necesaria y la utilización inteligente del argentinismo intransferible. Al mismo tiempo, predicó para que el país luchase contra la expresión empobrecida y cursi, que su obra reprochaba constantemente. De ahí su doble función educativa".

Informaciones precisas y reflexiones agudas acerca del modernismo en Lugones y de Lugones en el modernismo, da en capítulo aparte —"El modernismo"—, para delimitar los dos momentos de esa escuela en el mundo hispanoparlante, exaltar la lección de Darío, —"último libertador de América"— y entrar a fondo en la concurrencia de Lugones a ese cauce: "Los crepúsculos del jardín, *Lunario sentimental*, *El libro fiel* y *El libro de los paisajes*, en verso, junto con *La guerra gaucha* y *Las fuerzas extrañas*, en prosa, representan lo más decididamente modernista en la obra lugoniana. En sus caracteres pueden señalarse lo renovado en el movimiento que inició Darío, a la vez que lo recibido pasivamente". Y cubre dos decenas de páginas enjuiciando sin retaceos, franca y ponderadamente: "Los crepúsculos del jardín reúne los temas más decorativos desarrollados en su poesía"; "En *Lunario sentimental* domina la actitud irónica, apoyada en balance de reminiscencias literarias, que van desde poetas de la antigüedad grecolatina hasta algunos modernos franceses..."; "Lo más característico de la primera prosa lugoniana está en *La guerra gaucha*, no sólo en la riqueza del vocabulario, más o menos recreado, sino en las posibilidades que varía la sintaxis, imponiendo distintas soluciones, desde lo escrito popular al virtuosismo más intenso"; "... en cuanto a las narraciones ejemplares de *Las fuerzas extrañas*, lo

fantástico del tema mitológico está desarrollado en el sentido clásico de la estructura narrativa a la vez que en claridad nítida del lenguaje; obras maestras de una modalidad en que no persistió Lugones"; "Muchos poemas de *El libro fiel* señalan una característica sentimental de Lugones, que lo diferencia en su momento: las loas al amor conyugal. El hecho importa una novedad en la poesía contemporánea e inaugura todo un sector emotivo de la lírica argentina, según lo confirman Baldomero Fernández Moreno, Arturo Marasso, Rafael Alberto Arrieta y Francisco Luis Bernárdez, entre otros"; "*El libro de los paisajes* depura los temas y las soluciones verbales más característicos en la primera época de la poesía lugoniana"; "Hasta *El libro de los paisajes*, casi todos sus poemas se detienen en la gracia descriptiva; esta característica continúa en gran parte de *Las horas doradas*"; "*Poemas solariegos*, la más representativa de sus colecciones poéticas, lo muestra en la afinada superación de recursos aprendidos en la frecuentación de sus diversas lecturas, a la vez que en el dominio de ciertos caracteres intensificados desde las primeras colecciones de poemas"; "Las obras poéticas más personales de Lugones —*Lunario sentimental* y *Poemas solariegos*— unifican una modalidad, no siempre feliz de visión de circunstancias emotivas. Facilidad apoyada en un sentido prosaico, irónico unas veces, crítico otras, que escaseaba en la poesía española contemporánea; Lugones, en tal sentido, se aproxima a Valle Inclán y reconoce como éste la prosapia quevediana".

Ghiano remata el trabajado y no fatigoso capítulo, de cuya abundancia mental y cordial hemos querido ofrecer esas muestras, con esta justa y justiciera síntesis: "De los cuatro grandes escritores del segundo momento modernista, Amado Nervo (1870-1919) se detiene en la asordinada matización descriptiva y la medida confesionalidad de México; Julio Herrera y Reissig (1875-1910) se propone como ejemplo de la virtualidad extrapintoresca y sensualísima de la poesía uruguaya; José Santos Chocano (1875-1934) concluye en los planteos sociales que preocupan a la moderna literatura del Perú; Leopoldo Lugones muestra la solución más representativa del ambiente argentino, su conciliadora universalidad, que no olvida la interpretación valiosa de los elementos regionales, al servicio de constantes del espíritu nacional".

Un penetrante, inteligente estudio conforma el capítulo que sigue —"La expresión poética"—, donde, luego de descubrir paralelismos y contrastes en la formación humanístico-artística

de Quevedo y la de Lugones, recorre a grandes pero calculados pasos, las cimas y los senderos, las fases y las perspectivas de la obra del lírico argentino desde *Las montañas del oro* hasta *Romances de Río Seco*, "culminación expresiva en el estilo tradicional en que se gozaba Lugones". Y, al cabo del largo y vario itinerario, estampa este juicio definitivo y definitorio: "En el descubrimiento del paisaje argentino, Lugones creyó cumplido el apostolado del escritor en la sociedad moderna, haciendo sentir una manera de conciencia de patria".

A continuación, en el más extenso de los siete equilibrados capítulos, ubica *La guerra gaucha* —que le sirve de título—, en el ámbito histórico y en el plano estético. El apasionante libro, "el libro esencial", es pesado y medido por el crítico que cala en "el tema celebratorio nacional, en novelada interpretación comprometida"; que investiga en "la minuciosidad de un vocabulario violentamente novedoso, no sólo en el aspecto neológico, sino también en el aprovechamiento de términos arcaicos y de regionalismos, imprevisibles en la literatura contemporánea..."; que repara en el "estilo extraño a la narrativa, no sólo en lo que ésta comporta de relato, sino también en la claridad mínima que exige el lector". Y apoya atisbos agudos y originales interpretaciones glosando convincentemente la "grandiosidad decorativa", la "recia acumulación de rasgos heroicos", el "nivel sintáctico variado", la "profusión de descripciones", los "retratos". También pasa revista al abrumador, relampagueante vocabulario: "Lugones, escritor argentino, quiere demostrar que se siente tan dueño del idioma como cualquier escritor peninsular". Y trae a cuento "el caudal de los verbos nuevos", de "adjetivos pintorescos", de "sustantivos nuevos tan numerosos como los verbos".

Corona el laborioso ensayo con esta sentencia: "Siendo *La guerra gaucha* la obra más elaborada de Lugones, presenta en refracción agigantadora sus aciertos y sus defectos".

Es "Lugones en la literatura argentina", el trabajo con que Ghiano cierra su interesante libro, realizando a través de cuarenta páginas un compendio de la historia de las letras argentinas del año 1880 para aquí. Con rapidez y lucidez se refiere sucesivamente a los prosistas del 80, cuyo grupo "adelantó un balance concluyente de aspectos característicos del siglo XIX, anunciando algunos decisivos del porvenir inmediato..."; a la llegada de Rubén Darío a Buenos Aires, en 1893: "Darío, en acentuado humanismo, impuso su renovación literaria como un hecho americano (poco más tarde insistirá en la ampliación es-

pañola de la misma), por primera vez postulado con tan clara conciencia de responsabilidades"; a la eclosión de Lugones: "Alejado de Buenos Aires Darío, el cordobés aspiró con insistencia a recoger su primacía, imponiéndose como maestro, sin conseguirlo nunca; esta falta de reconocimiento en lo inmediato provocó muchas de sus reacciones temperamentales, desfigurando algunas consecuencias de la obra.

Su vida, dentro de las constantes de dignidad, se impuso en cualidades que sólo más tarde se han reconocido"; a "los escritores formados poco después de Lugones": "Dentro de estos caracteres generales, pueden señalarse tres épocas de aparición más o menos conjunta de poetas, las tres coexistentes en el momento actual"; a los escritores "reunidos por el periódico *Martín Fierro* entre 1924 y 1928", y a los de 1946 en adelante: "Hacia 1946 aparece una tercera reacción".

Hace notar, además, las rutas abiertas por la pluma de Lugones en el ensayo, el cuento, la novela, rutas por las cuales transitaban y transitan grandes y pequeños; reconoce que "dentro de la dispersión de principios y de la anarquía de intentos, Lugones representa algo más que el primer escritor argentino", y deja sentido, incontrovertiblemente, con generosa firmeza que le honra al honrar al maestro; "Los escritores posteriores no han hecho sino imitar sus retóricas, desfigurando una posición confirmada en el mismo Lugones como aptitud mental, urgente en un país de escasas vocaciones espirituales. Superó así el narcisismo esencial del escritor modernista, en la heroica comprensión de una cultura activa, responsable de las crisis contemporáneas, con agudeza que no se ha repetido. La lección moral continúa en él, tanto más urgente, cuanto menos atendida".

Juan Carlos Ghiano, que con esta incursión en la poco menos que virgen heredad lugoniana, ha dado buena prueba de solidaridad intelectual, de sensibilidad literaria y de profundidad crítica, manifiesta en absoluta corroboración de sus opiniones valorizadas por disidencias y reparos de forma y de fondo que en cada caso concretó sin titubeos: "La inclusión de Lugones dentro de los escritores representativos de América, supone el reconocimiento de una aptitud espiritual, tanto como estilística, de permanente vigencia. El estudio menudo del estilo confirmará estas excelencias en soluciones muchas veces ejemplares".

En adelante, quienes de verdad y con ánimo limpio quieran iniciarse en el conocimiento de la obra y de la vida de Leopoldo

Lugones, habrán de recurrir a este libro esclarecedor de los méritos y deméritos de aquel auténtico maestro del idioma, y de las virtudes y defectos de aquel no menos auténtico hombre de bien.

GERMÁN BERDIALES.

J. LASSO DE LA VEGA, *La selección de libros*. Santa Fe, Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, 1956. (Temas bibliotecológicos N° 6).

Ante la astronómica cantidad de libros, revistas, diarios, etc., que se imprimen mundialmente, resulta imposible su adquisición total por parte de una biblioteca. A su vez, la ausencia de un determinado documento puede, llegado el caso, impedir que la biblioteca cumpla con su misión fundamental: suministrar la información al lector. De ahí que la acertada selección del material a incorporar sea tarea importantísima para el técnico a cargo de la biblioteca y que la enseñanza de las reglas a observarse para el caso constituya parte importante de su formación profesional.

Tratados y manuales referentes al tema abundan en idioma inglés. No así en castellano. En la Argentina, sólo conocemos un breve artículo publicado en 1946, en la revista *Bibliotecología*. Ello evidencia el interés presentado por el trabajo que se reseña.

El autor goza de reconocida autoridad en materia bibliotecológica y tiene escritas varias obras referentes a organización de bibliotecas, catalogación, clasificación, edificio, búsqueda documental, etc. En el presente caso ha sabido resumir, en pocas páginas, las directivas que deben presidir el trabajo de selección transcribiendo, a la vez, esquemas y normas que permitan trabajar en forma rápida y segura. Sus indicaciones están principalmente dirigidas hacia las bibliotecas de tipo general o "populares" pero también dedica especial atención a las bibliotecas infantiles y a las situaciones que en ellas se plantean.

El original, listo para imprimir, fué remitido hace algunos años pero "durmió" en los archivos del Instituto Social. No había entonces dinero para editar trabajos de este tipo. Su publicación, con bibliografía actualizada, marca el resurgir de

las actividades de aquel benemérito Instituto y la reanudación de sus "Temas bibliotecológicos", serie única dentro del conjunto de las publicaciones efectuadas por nuestras universidades y que evidencia la necesidad de abocarse, de lleno, a la enorme tarea de organizar y tornar eficientes las arcaicas bibliotecas de que padecemos en la Argentina de 1956.

J. F. FINO.

ERNST KRIECK, *Bosquejo de la ciencia de la educación*. Trad. de L. Luzuriaga. Buenos Aires, Losada, 1952.

El volumen que comentamos incluye, además del trabajo *Bosquejo de la ciencia de la educación*, dos apéndices igualmente importantes.

Dos son los objetivos fundamentales del autor: 1. La distinción entre pedagogía y ciencia de la educación; 2. El análisis fenomenológico de la educación.

1. Le preocupa al hombre la satisfacción de sus necesidades prácticas; en tal empeño encuentran su origen la mayoría de las ciencias. Pero, por otro lado, aspira al conocimiento puro, ansía forjarse una imagen del mundo y de sí mismo: persigue la aprehensión de la verdad porque advierte que con ello perfecciona su forma interior y eleva su rango.

La Pedagogía está orientada hacia fines prácticos; después de elegir el fin educativo, investiga los medios que permitirán alcanzarlo. Pero dicha elección aparece siempre arbitraria, caprichosa: la permanencia de posiciones irreductibles en el problema de cuál ha de ser el fin de la educación implica el "reconocimiento de que en las cuestiones del sentido de la vida y de la finalidad de la educación no es competente la ciencia". Una moderna teoría pedagógica ha pretendido superar la encrucijada afirmando que el único fin a que debe aspirar la educación es facilitar el autodesarrollo de la naturaleza del niño; el educador debe sólo ayudar a eliminar los obstáculos que se oponen al desenvolvimiento de esa ley inmanente. La consideración de esta teoría es indispensable, porque es un ejemplo típico de "la forma de pensar peculiarmente pedagógica". Y acertada la refutación de Kriek; tal

teoría falla: a) Porque su concepción exclusivamente individualista y naturalista del educando se basa en la ya superada concepción del mundo y de la humanidad del siglo XVIII; b) Porque ha reducido el proceso educativo a la relación parcial, aislada, entre educador (un individuo adulto) y alumno (el individuo joven), olvidando así "que una buena educación y una formación humana eficaz necesitan sobre todo de una sustancia espiritual objetiva". El educador, en cuanto tal, "es siempre sólo mediador de un poder espiritual superior a cuyo servicio está".

La Ciencia de la Educación, porque es verdadera ciencia, aspira a un conocimiento puro (no práctico) y sigue el camino de la investigación crítica. "El hombre de ciencia puede prescindir en la teoría de la educación de los problemas educativos prácticos, lo mismo que el estético no tiene que ser al mismo tiempo artista; el agrónomo, agricultor".

Parte de una evidencia: donde hay humanidad hay educación; su tarea es investigar el ser y las leyes de tal objeto: qué es, cómo y dónde se realiza, cuáles son los grados y clases de la educación. Así pues, se inicia destruyendo la conocida posición para la cual es imposible la ciencia de la educación, porque ésta "no es objeto, sino postulado". No sólo la educación es un hecho, sino que también pueden descubrirse en ella leyes que rigen para todos los lugares y épocas. Interesante es el paralelismo que, respecto de este punto, puede trazarse entre ciencia de la educación y política: aun cuando en ellas participa el albedrío, son ambas funciones necesarias de la vida en comunidad, y "el arbitrio sólo interviene en límites muy estrictos. En general, como se ve siempre a gran distancia, el arbitrio es reducido y sometido a leyes superiores".

2. Donde hay humanidad, hay educación, decíamos. Por tanto, es necesario un concepto de humanidad como hipótesis básica ineludible; pero tal concepto será el que resulte de la investigación histórica y geográfica: la idea de comunidad o de organismo social. "La comunidad es la condición esencial y necesaria originaria para la vida de los individuos". Después de analizar los caracteres esenciales de la comunidad, Kriek concluye: "la educación es una manifestación necesaria de la vida, una función básica de la comunidad"; es la asimilación típica de los miembros a las normas y ordenaciones de la comunidad... y por tanto "el medio de persistencia de la comunidad misma".

Desde el punto de vista del individuo el sentido de toda educación es la formación del hombre. Forma o imagen es la estructura con sentido, conexa, de un todo. Distingue Krieck en el hombre una forma externa (cuerpo) y una forma interior. La "formación interior del individuo humano significa el surgimiento de circunstancias fijas, de una estructura unitaria, de un estilo o carácter formado en el pensar y el obrar, en la conciencia y la conducta moral, en la selección de los valores y en la elección de los motivos". Pero, ¿cómo se consigue esa estructura unitaria? El individuo humano pertenece, simultáneamente, a múltiples complejos sociales: familia, aldea, Estado, Iglesia, profesión, gremio. ¿Cómo se armonizan los efectos educativos de tales complejos sociales? Según Krieck, el Estado es quien supera esas contradicciones, pues modela, con sus órdenes y órganos, un tipo general de ciudadano. Por otro lado, esta formación cívica es de importancia vital para la subsistencia misma del Estado burgués y el sistema económico y técnico unido a él.

Después de distinguir la educación inconsciente de la consciente o sistemática, Krieck estudia el origen de esta última en diversas culturas, para concluir: los sistemas educativos de los pueblos son, en última instancia, esencialmente iguales; "la educación sigue en todas partes las mismas leyes".

Como manifestación típica (pero parcial, no fundamental) de la educación consciente, la escuela merece capítulo aparte. El autor analiza: a) Su misión, que es doble: inmediata, la de transmitir los bienes culturales; mediata, en cuanto no habrá de olvidar la educación moral; b) Su origen, a partir de organizaciones de maestros o de alumnos; c) Su ley de organización y metodología, la graduación: "el maestro tiene que descender hasta el alumno para elevar a éste gradualmente a su altura cultural".

El hecho de ser la primera traducción castellana de un pensador que ha tenido acentuada influencia en la pedagogía contemporánea y la importancia decisiva de los dos temas que hemos destacado, otorgan jerarquía indudable a este pequeño libro.

NÉSTOR A. MORENO.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

LA INTROSPECCIÓN

El psicólogo objetivista, principal interlocutor del fenomenólogo, afirma que la psicología debe renunciar a privilegiar el yo en el conocimiento de sí mismo. La introspección, como método general de la psicología, admitía un axioma contestable: que lo vivido por la conciencia constituye por sí mismo un saber de la conciencia. Yo estoy asustado; sé, pues, lo que es el miedo, ya que yo soy el miedo. Este axioma suponía, a su vez, una transparencia total del acontecimiento de conciencia respecto de la conciencia, y que todos los hechos de conciencia son hechos conscientes. En otros términos, lo vivido se da inmediatamente con su sentido, cuando la conciencia se vuelve hacia él. En segundo lugar, lo vivido era concebido por esta psicología introspectiva como interioridad: es necesario distinguir de manera categórica lo exterior y lo interior, lo que descubren las ciencias de la naturaleza u objetivo, y lo subjetivo, a lo que no se tiene acceso sino por la introspección. A decir verdad, esta disociación se ha revelado rápidamente por un uso delicado, sobre todo con los progresos de la fisiología, porque se planteaba el problema de saber dónde pasaba la línea de demarcación: de allí las hipótesis paralelistas, epifenomenistas, etc., hasta que se comprenda, al fin, y la fenomenología juega un gran papel en esta maduración del problema, porque una frontera no puede separar más que regiones de la misma naturaleza: luego, lo psíquico no existe como lo orgánico. En tercer lugar, lo vivido por la conciencia tenía un carácter estrictamente individual, en ese doble sentido que está lo vivido por un individuo situado y datado, y que es, él mismo, un vivido que no sabría reproducirse. Es este último carácter el que estos "psicólogos" invocaban, de una manera determinante, para defender el método introspectivo: es necesario tomar lo vivido inmediatamente, a falta de lo cual, lo vivido, sobre el cual se refleja a continuación, es un nuevo vivido, y el lazo del uno al otro no presenta ninguna garantía de fidelidad.

La heterogeneidad de los "estados de conciencia" condena toda forma de aprehensión que no sea la introspección. No

hay que confundir, pues, introspección y reflexión. La individualidad y la misma unicidad de lo vivido, tomada por la introspección, plantea evidentemente el doble problema de su universalidad y de su transmisibilidad: la filosofía tradicional y la psicología introspectiva lo resuelven generalmente, en primer lugar, formulando la hipótesis de una "naturaleza humana", de una "humana condición" que autorizaría la universalización de los resultados particulares, prefiriendo después al instrumento de comunicación que es el lenguaje cotidiano o el lenguaje científico, un lenguaje de expresión por el cual la interioridad sería la menos traicionada. De allí la preferencia de esta psicología por las formas literarias. Se reconocerá al paso, uno de los problemas esenciales del bergsonismo que no ha sido jamás abordado de frente por Bergson, aunque constituyó la clave de todos los otros. En fin, la heterogeneidad de los vividos en el flujo de conciencia traducía una contingencia que prohibía, en última instancia, que la psicología elaborara leyes a propósito de lo psíquico: la ley presupone el determinismo.

La reflexión. — La fenomenología se halla de acuerdo con el objetivismo para criticar ciertas tesis introspectivas. Que el sentido de un contenido de conciencia sea inmediatamente manifiesto y asible en tanto que tal, eso es desmentido por la investigación psicológica misma: si experimentamos la necesidad de una ciencia psicológica, es precisamente porque sabemos que no sabemos lo que es el psiquismo. Es verdad que estando asustado, yo soy el miedo, pero no sé lo que es el miedo, por tanto, "sé" solamente que tengo miedo: se medirá la distancia entre estos dos saberes. En realidad "el conocimiento de sí por sí es indirecto; es una construcción; me es necesario descifrar mi conducta como descifro la de otro". (Merleau-Ponty, *Fenomenología y ciencias humanas*, curso en la Sorbona, 1950-51). La fenomenología opone así la reflexión a la introspección. Para que la reflexión sea valedera es necesario evidentemente, que lo vivido sobre lo cual se refleja, no sea inmediatamente arrastrado por el flujo de conciencia; es necesario, pues, que permanezca, en una cierta manera, idéntico a sí mismo al través de ese devenir. Se comprende por qué Husserl, desde *Ideen I*, buscaba fundar la validez de la reflexión sobre la "retención", función que no debe ser confundida con la memoria, ya que es, por el contrario, la condición: por la retención lo vivido continúa siéndome "dado" él mismo y en persona, afectado por un estilo diferente, es decir, en el modo del "no más".

Esta cólera que me ha tomado ayer, existe bien aún para mí implícitamente, ya que puedo, por la memoria, retomarla, fecharla, localizarla, encontrarle motivaciones, excusas; y es bien esta misma cólera la que es así "retenida", en el seno de mi "presente viviente", porque también, si yo afirmo conforme con las leyes experimentales de la degradación del recuerdo, que lo vivido de cólera presente está modificado, esta afirmación implica en profundidad que "yo tengo" todavía, de una cierta manera, la cólera no modificada, para poderla "comparar" con la cólera pasada, de la que mi memoria me informa presentemente. El "Gegenstand", cólera es el mismo a través de las evocaciones sucesivas que puedo hacer, ya que es siempre de la misma cólera que hablo. Es así que toda reflexión es posible, y especialmente la reflexión fenomenológica, que tienta precisamente, restituir lo vivido del que se trata (la cólera) describiéndolo lo más adecuadamente que es posible: esta reflexión es una repetición descriptiva de lo vivido mismo, tomado entonces como Gegenstand por la conciencia actual del que describe. Se trata, en suma, de dibujar fielmente eso que yo pienso cuando pienso mi cólera pasada; pero aún es necesario que yo piense efectivamente esta cólera vivida, y no tal reconstrucción de mi cólera; no debo dejarme enmascarar el fenómeno realmente vivido por una interpretación previa de ese fenómeno. Así la reflexión fenomenológica se distingue de la reflexión de las filosofías tradicionales, que consiste en reducir la experiencia vivida a sus condiciones *a priori*, y así reencontramos, en la base de la reflexión, que la fenomenología opone a la psicología introspectiva el cuidado husserliano de la cosa misma, el cuidado de ingenuidad, es ese cuidado quien motiva, la reducción, garantía contra la inserción de los prejuicios y la expansión de las alineaciones en la descripción reflexiva que yo tengo que hacer de la cólera. Es pues, lo vivido de cólera, anterior a toda racionalización, a toda tematización, lo que me es necesario, en primer lugar, separar por el análisis reflexivo, para poder luego reconstituir su significación.

JEAN F. LYOTARD.

La phénoménologie.

Presses Universitaires de France.

Traducción de Amalia Enríquez de Crispiani.

POESÍA Y NO POESÍA

El factor primordial de la buena poesía, en quienes, a temprana edad, inician su recorrido, es la honestidad poética.

No se debe escribir pensando en el renombre. No se debe escribir procurando, a una edad en que los elementos no están al alcance de uno, la superación o paridad con poetas que se han convertido en ídolos. La poesía es, después de todo, un ser complicado, esencialmente vivo. Hay que verlo nacer como a un ser, pero no embarcar a ese ser — a ese ser poesía — en una aventura falsa, llevándolo de primera instancia, a lo que no puede lograrse sino a través de años, de tropiezos, de maduraciones.

La depuración excesiva de la expresión poética, el tortuoso rebuscamiento de imágenes, lo metafórico trasladado al grado de originalidad y no al de la belleza, la suposición de que la unión de vocablos disímiles y privados de sentido ilativo nos abre el luminoso campo de una poesía nueva, altera la comunicación poética, crea el confusionismo y lleva simplemente al desalojo total de todo motivo imprescindible de hacer poesía. Ese abuso de lo intelectual, es decir, de anteponer el cerebro a la sensación, actúa como traba poética, pues lo que se va a decir está limitado escasamente por determinados cánones, obedeciendo todo el impulso creativo a una alambicada elaboración de imágenes sin coyuntura, a una destrucción total de la vivencia poética, a una retórica distinta a la formal y clásica, pues el no poder evadirse de cierto lenguaje escogido y de ciertas cláusulas de pretendida pureza poética, es caer también en retórica.

Los poetas, principalmente los jóvenes, seducidos por la conquista de una originalidad expresiva o por corrientes literarias que los alejen de lo baladí o lo remanido, no titubean en embarcarse en la poesía de vanguardia, creando a base de incongruencias, sofisticamientos, imitaciones e intelectualismos, todo lo cual obra en detrimento de la autenticidad poética, pues por más talento que se emplee en esa poesía no logrará traducir más que un almacenamiento de belleza extática y desorientada, un barroquismo facturado con premeditación y que concede al autor escasas limitaciones. Lo ensayado por el surrealismo en Francia tuvo razón de ser en la época de su aparición, porque después de todo asestó un golpe de posguerra a la medianía y a la burguesía imperantes. El desarreglo poé-

tico y lo original pero evidentemente egoísta de no querer comunicar nada al hombre porque el hombre no era merecedor de esa comunicación o, también, el de hacer poesía para uno mismo sin tener en cuenta el valor de ese arte en el gran girar del mundo, estuvo en manos de verdaderos talentos y tuvo un motivo especial para cumplir su ciclo. Separó, como una zanja profunda, los últimos eslabones del romanticismo que lograron trasponer el umbral de este siglo y la poesía moderna comunicable, provista de ricos jugos humanos, donde la aventura en la innovación expresiva, en el empleo de vocablos rechazados por cualquier profundo análisis academicista, tiene, después de todo, un valor progresivo y no regresivo de la auténtica poesía.

Los temas eternos adquieren en esta última poesía contacto con lo humano y no están estereotipados o inmóviles. Los temas juegan con el acaecer vital y la poesía, lejos de anquilosarse en estados puramente intelectuales, se inclina al hombre y toma una posición definitivamente clara frente a la vida. Poetas de esta naturaleza en nuestro idioma dejan de lado la poesía como juego para preferir la poesía como mensaje del hombre emitido por la voz de otro hombre que, sin ser superior, tiene en su carne esa posibilidad.

Las escuelas de vanguardia, que adulteran las auténticas derivaciones del poeta, parecerían ir constantemente hacia atrás, en busca de un primitivismo artístico inoperante en nuestra época. La práctica del automatismo es también una traba poética y, si analizamos bien, llegamos a la conclusión de que es más una experiencia para médicos psicoanalistas que para poetas.

En conclusión, la joven generación debe tener en cuenta el destierro de todo hermetismo que entorpezca su traducción de vida o de sensaciones. Debe evitar la caída en lo intelectual. Hasta es preferible un poema con altibajos, con falta de pulimento final, pero extraído del fondo del poeta sin dilaciones y sin entorpecimientos, a un poema construido lentamente, privado de soltura, de unidad espontánea, de calor, de fluidez y que, por su método de elaboración, produce inmediatamente la sensación de lo creado con el cerebro y no con el alma.

Lo esencial es no disfrazar nada en cuanto, poéticamente, se han abierto las compuertas de la inspiración para dar paso a un caudal de belleza, ubicarse valientemente en el suelo espiritual y físico que uno pisa y dejarse llevar, como una

maderada por la corriente del río; por eso que, fluyendo sin argucias del escondido corazón poético, se traduce en arte, en comunicación, en fragante condimento humano, especialmente cuando se han cerrado las puertas a la desfiguración y a la traba de lo íntimo.

En otro aspecto, el poeta comunicable es como un sabueso que va continuamente en busca de su propia huella. Para hallarla es menester emplear toda la actividad sensorial, toda la posible captación — interior y exterior — de las cosas vivas, utilizando las cosas comunes y cercanas y teniendo la valentía de gritar, desde el suelo que se pisa y desde la voz que se habla diariamente, el gran mensaje al mundo.

MARIO JORGE DE LELLIS.

EL HOMBRE Y SU HISTORIA

I. Las ciencias y la Ciencia. — Ante los abismos vertiginosos que cava a nuestros pies la ciencia, el humanismo científico es el mejor de los refugios. Ante la inhumanidad aparente del incommensurable universo que la física moderna nos deja entrever (y sabemos que aun si el universo einsteiniano está terminado, los observatorios americanos lo sondean a distancia de más de 300 millones de años-luz); por otra parte, ante la confusión a la que nos entregan las investigaciones intra-atómicas en momentos en que en el origen de lo infinitamente pequeño los físicos creen percibir un elemento de libertad que escaparía al determinismo ulterior; por fin, ante la inmensa revolución científica en curso, al lado de la cual nuestras revoluciones políticas y sociales no son más que agitación de hormiguero, arriesgamos sentirnos perdidos, tan perdidos como debían estarlo los paleolíticos de los períodos interglaciares, ante la proximidad de una nueva glaciación. Pero la humanidad civilizada ha conocido ya, lo hemos visto, una desorientación análoga. Sucedió esto cuando el viejo antropocentrismo debió hacer lugar al sistema de Copérnico. Y el humanismo, una primera vez, recobró entonces su equilibrio. Aun si la revolución científica actual nos parece relegar la especie humana a un papel ínfimo sobre un punto ínfimo de la inmensidad, razón de más para que el hombre se aferre

a lo que le hace plenamente hombre, en el más noble sentido de la palabra.

El peligro para la ciencia moderna será llegar a una concepción desesperada, los budistas dirían a una concepción si-vasta del hombre y del destino. Por otra parte, las ciencias, a medida que se especializan y se subdividen, arriesgan compartimentar el saber hasta impedirle toda generalización salvadora. Las ciencias arriesgan ocultarnos la Ciencia.

II. Historia de la civilización. — Otra cuestión todavía: lo que llamamos historia, quiero decir ese sucederse de imperios, batallas, revoluciones políticas, fechas, sangrientas la mayor parte, ¿es verdaderamente historia? Concluiría que no lo creo y que eso me lleva, viendo los manuales escolares, a eliminar con el pensamiento una buena parte.

La historia verdadera no es la del vaivén de las fronteras. Es la de la civilización. Y la civilización es, por una parte, el progreso de las técnicas; por otra parte, el progreso de la espiritualidad. Podemos preguntarnos si la historia política, en buena parte, no es una historia **parásita** que ha venido a aferrarse sobre el progreso técnico, vivir en él, estimularlo a veces por una sobreexcitación artificial, pero más a menudo y más durablemente comprometerlo y demorarlo.

Se nos dirá que progreso técnico y voluntad de poder están indiscutiblemente ligados. Es verdad que el arte de la guerra ha estimulado en cierto sentido, ciertos descubrimientos o adaptaciones técnicas. La victoria de los neolíticos sobre los paleolíticos, si planteamos el problema con esta simplicidad (quizá inexacta) fué la de una industria más perfeccionada con la domesticación del animal y de la planta.

RENÉ GROUSSET.
L'homme et son histoire.
Plon. París, 1954.

Traducción de Haydee C. Blotto.

NATURALISTAS Y EXPLORADORES

Cuando se examina la historia de las ciencias naturales en América del Sur, surge en Chile, el país de los contrastes, entre la pléyade de naturalistas que sin igual pasión dedicaron su vida al estudio de su naturaleza fascinante, la figura extraordinaria del abate Molina, quien, antes de que Claudio

Gay, el "viajero inmortal" produjera su *Historia Física y Política de Chile*, dió a conocer, en su refugio de Bolonia, en 1776, su *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del reino de Chile* y cinco años después la *Historia Civil*, con las que triunfó plenamente, imponiendo su nombre y su genio en los círculos más destacados de Europa, que lo consagraron como el primer naturalista de América. Veinte años más tarde publicó la segunda edición de su obra y desde entonces fué continuamente llamado por las más famosas entidades científicas que le ofrecían sus cátedras, entre ellas la Universidad y la Academia de Ciencias de Bolonia, la Academia Treintenia, la Academia Pontificia, cuyos dirigentes siguieron la orientación de su obra. La gloria espiritual del modesto abate brilló en el cielo europeo como un astro de primera magnitud y fué su prestigio el que dió a conocer los valores de su patria en el mundo. En su trabajo *Las grandes analogías entre los tres reinos de la naturaleza*, dió a conocer audaces teorías acerca de la unidad de la materia, más tarde convertidas en la doctrina del monismo universal, es decir, aquella idea precursora que puso en evidencia entonces la gran verdad científica de hoy, de que un mismo átomo puede formar parte de un mineral, de un vegetal y de un animal. Fué uno de los grandes precursores de las ciencias naturales, escritor, filósofo y naturalista; se abrió camino con sus propias fuerzas, en el destierro, con una tenacidad y un valor admirables que impusieron para siempre su nombre en los anales del pensamiento humano. "Molina —dice un autor chileno— fué en su época una de las más puras glorias de Chile; cerebro privilegiado en que alentaba la llama del genio, descolló como una lumbrera en todas las ramas del saber humano y si no son éstos sus mayores méritos, tiene aun el más alto de haber sido el precursor de los que, por la carretera real de la diplomacia, de las artes o de las letras, irían a dar a conocer en el extranjero el nombre de nuestra patria". Frente a las impresionantes historias de otros naturalistas de América¹, ya viajeros como Humboldt, D'Orbigny, Darwin, Moussy y Jussieu, que sólo pasaron, como luminosos meteoros, por nuestros cielos, alucinados de su belleza, o de los que quedaron aquí, como Haenke, Bonpland y otros, la historia del abate de Talca es una amarga aventura,

pues aun en sus últimos años, cuando ya estaba cerca de los noventa, sintió la tremenda nostalgia de la patria lejana, cuyos escenarios de leyenda vislumbró siempre, pero nunca pudo volver a contemplar, pero que fué el sueño inmarcesible de todas sus horas y cuyos detalles pudo plasmar, de memoria, en las obras que lo hicieron famoso a través de la grandeza de su patria. Cuando se restableció en Chile la Compañía de Jesús, en 1816, pareció que podría materializarse el sueño de toda su vida, pero siempre hubo obstáculos, hasta que la muerte piadosa cerró sus ojos, en 1829, en la misma Bolonia donde había pasado sus 55 años de destierro. Es necesario recordar que el decreto de Carlos III, desterrando a los jesuitas de América, al obligarle a abandonar las tierras nativas cuya naturaleza estaba estudiando con la pasión de su genio, descargó sobre su vida una verdadera tempestad que lo alejó para siempre de sus valles queridos, de sus escarpadas montañas, de los árboles y de los animales, que observaba con profunda capacidad científica. Anduvo largos años como exilado, llevando consigo la dolorosa nostalgia de la ausencia de Chile, peregrino de una ciudad a otra, sin dinero, sin amigos y sin esperanzas. Fué entonces cuando ancló en Bolonia: el maravilloso ambiente de aquella ciudad vieja reconstruyó su espíritu y le dió la calma para reiniciar su labor. De memoria, sin ningunos apuntes, que le fueron arrebatados en su salida de Valparaíso (pero que una mano providencial le devolvió después, sin darse a conocer), empezó a trabajar en su obra, con el resultado que acabamos de ver. Describió 18 géneros de plantas, con cerca de un centenar de especies; trece de mamíferos, con 29 especies; 19 de aves, con 38; dos de anfibios, con 3; 8 de peces, con 11; 9 de insectos, con 16; 10 de vermes, con 13; muchos moluscos. En total, 70 especies vegetales, 110 de animales y una explicación clara de 314 vocablos chilenos de *Historia Natural*. Sus ideas filosóficas culminaron después con la *Plasmogenia* del mexicano Errera y con *El Universo, organismo viviente*, de Martín Kuchuk, 1924. Gracias a su obra, Chile fué tempranamente conocida en Europa y numerosos naturalistas se sintieron atraídos por su fauna singular y por sus panoramas naturales, de belleza sin igual. Muchos quedaron, como los Reed, los Philippi, etc., y fueron creadores de obras que prestigiaron la cultura chilena y dejaron en el país hermano una pasión, ya tradicional, por la naturaleza. Al revivir, con el pensamiento, el drama íntimo de Juan Ignacio Molina, le encontramos alguna semejanza, un paralelismo, como diría Plutarco, con la vida de Amado Bonpland,

1. *Naturalistas en la América Latina*, por Carlos E. Chardon. República Dominicana, 1949.

a quien sus amigos europeos llegaron a llamar "el cínico del Plata". Éste que vivió la primera mitad de su vida en Francia, entregado al estudio de la Botánica y a las plantas de Josefina, tuvo el segundo capítulo de su vida en las selvas de América, cuya belleza lo cautivó para siempre, asimilándolo totalmente. El abate, en cambio, que vivió sus primeros años de naturalista en América, fué en su segunda etapa un exilado en Europa, pero nunca dejó de soñar con los panoramas de Chile y su inmensa tragedia fué la imposibilidad de volver a su tierra nativa. He ahí el secreto de la naturaleza americana, cuya magia imprime un sentido a los días de nuestra vida y llena el alma de indelebles emociones. Bonpland, europeo, se resiste durante toda su vida a volver, aunque la gloria lo espera en sus alturas supremas, y vive hechizado en la selva tropical, a lo largo del río Uruguay; Molina, glorificado por el ambiente de Bolonia, no puede resignarse al Viejo Mundo y sólo sueña con sus valles nativos y con las montañas de Chile. Bonpland es reclamado por las academias del mundo; Humboldt, compañero de viajes por América, lo llama, para que comparta la gloria con él, pero el naturalista rechaza todas las invitaciones y todos los honores y se queda en América. Molina trata de retornar, ya en el ocaso de su vida, para morir bajo la sonrisa azul de los cielos de Chile, pero no puede salir de Bolonia. Hoy los restos del abate han sido reintegrados a su patria; se les dió sepultura en la capilla del Seminario del Liceo de Talca y tiene bustos en Linares y en Santiago, expresión de homenaje de su pueblo al hijo preclaro que nunca olvidó los lares nativos. Hay una estatua de Molina en la Universidad de Bolonia... y en la Biblioteca del Museo de Historia Natural de Santiago, que lleva su nombre, sentí que la emoción ahogaba mi voz cuando ví su retrato y recordé su dramática historia. Bonpland, en cambio, quedó para siempre en América y sus restos yacen olvidados en el modesto cementerio de Paso de los Libres, donde lo señalé en 1949, como lo informó "La Nación" en enero de ese año; el nuevo continente, que lo había asimilado, fué ingrato con su memoria y el pensamiento argentino no le ha rendido aún el homenaje que se le debe, tanto por su enorme obra de investigación sobre su naturaleza como por el ejemplo que significa su vida de sacrificio por el ideal. El doctor Juan A. Domínguez dirigió la publicación de algunas de sus obras inéditas y Alberto Palcos escribió sobre su vida notables trabajos en "La Prensa". El doctor Félix María Gómez, en 1949, bajo los auspicios del Seminario "Dr. Francisco P. Moreno" de la Sociedad Cientí-

fica Argentina, dió una magnífica conferencia sobre la vida del famoso prisionero del tirano paraguayo, doctor Francia, publicada después en los Anales de la misma entidad... Todas las iniciativas para levantar un monumento en Paso de los Libres al más grande de los naturalistas de América del Sur no tuvieron éxito. Se está acercando el centenario de su muerte y las fuerzas intelectuales argentinas — y sudamericanas — debieran organizarse, para rendirle su homenaje merecido, en 1958... Veo en las figuras de Molina y de Bonpland, que son estelares para la humanidad, un paralelismo dispar, como si fueran dos astros en marcha contraria dentro del mismo sistema solar. Molina (1740-1829) y Bonpland (1773-1858) nunca se encontraron, pero hubiera sido interesante escuchar los argumentos de ambos en su posible dialogación.

JOSÉ LIEBERMANN.

LA MIRADA Y LA VOZ

La mirada y la voz desempeñan un papel trascendental en la convivencia. Puede decirse de ambas que son los puentes por donde el hombre penetra en el mundo de los hombres. La mirada y la voz producen simpatías y antipatías sin causas que las justifiquen. Cuando alguien se sabe mirado, atrae o aleja a quien mira, por el agrado o desagrado que le ocasiona. Ver cómo alguien mira, predispone mal o bien, porque la mirada despierta reacciones súbitas.

Con la voz acontece lo mismo. El hecho se observa mejor cuando se oye hablar un idioma que se desconoce. La voz es únicamente una ampolluela sonora, pues no sabemos lo que significan las palabras, y, sin embargo, el tono de esa voz agrada o desagrada. Ocurre con la voz y con la mirada, lo que con el olor de las flores. No todos los olores son agradables ni todos los olores agradables lo son en la misma medida. Tal lo que sucede con la mirada y con la voz. Hay miradas que atraen, subyugan, apasionan, y miradas repulsivas, sucias, antipáticas. Hay voces dulces, suaves, encantadoras, y voces ásperas, duras, agrias.

Los ojos siempre expresan algo cuando miran, de modo que el estudio de la mirada es constantemente complejo. En cambio la voz, tiene un valor como voz. El oído la percibe y la

juzga sin tener en cuenta el significado de la expresión. La voz puede ser estudiada como simple fonema; esto mismo no puede hacerse con la mirada. La mirada es lenguaje de los ojos, lenguaje que expresa algo y que al expresarlo, impresionan bien o mal.

La voz, como sonido, es una cosa; como vehículo de lo que el hombre desea hacer conocer, es otra. La voz vive de sí misma; la mirada, de su significado.

Los ojos poseen esto de particular; que actúan recíprocamente, pues miramos y nos miran en el mismo instante. El oído exige atención del uno hacia el otro; en las relaciones del oído hay uno que oye y otro que habla. Lo más parecido al papel que desempeña la vista es lo que hace el tacto, pues él también permite el enlace y la acción recíproca. La mano acaricia al mismo tiempo que es acariciada. Lo que diferencia a la vista del tacto, es, diré así, la jurisdicción en que actúa. La mirada se mueve en un plano ideal: los ojos dibujan con un pincel invisible sobre la tela que no tocan. Los ojos perciben "la esencia plástica y permanente" de la persona. La elegancia, la gracia, la proporción, la belleza, la desproporción, la fealdad, son apreciadas con los ojos.

El oído percibe lo transitorio, lo pasajero, lo que aparece y desaparece en el individuo. Tienen de común, vista y oído, que ambos muestran los estados de ánimo. Las inflexiones de la voz son percibidas por el oído; los rasgos del rostro, el ademán y los gestos, por la vista.

Vista y oído desempeñan funciones muy importantes. Es una pena que en los tratados que están al alcance del joven, no se hable de este papel de los sentidos. Que la laguna podría llenarla el profesor, es evidente, como es evidente que no la llena sino en un reducido tanto por ciento, porque el profesor quizá también lo ignora.

Los sentidos no son sólo ordenanzas que utiliza el cerebro; desempeñan tareas de trascendencia. Se los subestima y se los calumnia; en esto tiene un poco de culpa Epicuro. Sin embargo, si conociéramos bien sus funciones, muchos de los alambres de púas que impiden al hombre entenderse con la gente, desaparecerían como por arte hechiceril. Por desgracia, a los sentidos no sólo se los subestima, se los desconoce.

FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ.

LA CRÍTICA Y SUS DEBERES

En el acto de juzgar, en lo relativo de nuestras opiniones y juicios, la rectitud de la conciencia entrará como elemento indispensable del análisis. Un juicio parcial, partidario, inconsculto, irreflexivo, contribuye a falsear la formación intelectual o artística, al fin, en una faz o en otra recíprocamente influidas. En esta formación se origina en su responsabilidad el juicio. Improvisarlo como complacencia o repulsa, como acomodación a una circunstancia, o desde una situación calculada en sus efectos, no se aviene a la sucesiva superación en nuestro anhelo de entender y de admirar. De allí que la reflexión del crítico sea a veces en extremo penosa, porque el discernir claramente y expresar con lealtad examinada lo que concebimos bello y verdadero, falsedad o impostura, requiere valor e inteligencia constructiva. No se acercará uno a una obra con una intención ya formada. El estudio lúcido de sus elementos nos llevará a apreciarla, a penetrar en la mente de su autor, a la intuición creadora. Hay un no saber primordial antes del examen, una convicción laboriosamente adquirida después con el análisis o a la afinidad que nos acerca a la revelación de su contenido. El crítico es un formador de conciencias, un instrumento indispensable en el desarrollo mental de una época. Por eso requiere el respeto en la libre manifestación de su juicio. En la variedad y flexibilidad de sus opiniones, su educación tendrá la amplitud del saber humano de todos los tiempos.

Los mayores artistas y pensadores fueron también los mayores críticos de sí mismos. Este ejercicio nos lleva en un estudio continuo a internarnos en la expresión natural y humana. El crítico se forja laboriosamente y de allí la confianza con que lo leemos. No tuercen su apreciación ninguna relatividad, circunstancia o dominios de una tendencia afortunada. Tiene la afinidad que le hace participar de toda aspiración y lo hace superar los límites que reducen. No se puede concebir la crítica como una tarea adventicia. Analizar, entender, apreciar, admirar, son ejercicios que se afinan y se superan. Forjemos en el niño la capacidad crítica en el celo de la verdad alcanzada en sus etapas ascendentes.

LA DIRECCION.

CRÓNICA

EVOCACIÓN DE UN MAESTRO; PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Pedro Henríquez Ureña fué un ordenador de la cultura americana. Su gran saber fué un saber dirigido hacia una meta final: dar sentido a todos los avances particulares del conocimiento literario, artístico y hasta científico alcanzado por América en las etapas de su formación. Su saber abarcador sugiere un enciclopedismo en cuya raíz estaba la aspiración de la magna América, a la que todos sus pasos indicaban una consagración. Vista en conjunto tanto su obra escrita como la que movió a su alrededor en el mundo de las letras, nos aparece como un esfuerzo para aclarar y relacionar las expresiones todas de la cultura americana, desde sus primeras épocas hasta el momento en que vivía, desentrañando los mensajes, poniéndolos en comunicación unos con otros y tratando de percibir los tenues latidos que pudieran denotar comunes aspiraciones a través del tiempo y la distancia. La unidad de la vasta América fué para él utopía más que aspiración concreta y realizable.

Muy joven entrevió un camino. Era un espíritu muy sensible a la expresión literaria y percibió sus latidos, ahondó y avanzó en la comprensión de las señales que venían de todo el mundo. Fué lector ávido, pero sobre todo atento siempre a la calidad y a los valores más genuinos del espíritu.

En sus primeros años se familiarizó con las obras de poetas y escritores que desde todas partes tenían un mensaje para el mundo. En su Santo Domingo natal coincidían voces de Francia y de Inglaterra, de Alemania y de Italia, cuando apenas habían sido pronunciadas en sus lugares de origen. Y como tenía un raro don de penetración, les adivinaba lo que tenían de original y de bueno, el estremecimiento creador que las animaba. Sabía del vasto mundo y de todo lo bello y hermoso que en él palpitaba; pero vivía en un sitio distante y apenas perceptible en ese mundo del espíritu, y se dio a pensar en el gran horizonte de América. Percibió esa gran promesa: América, y a ella se consagró. No sabemos si por adivinación o por sabiduría, tuvo siempre el don de precisar y definir. Fué un definidor por excelencia, que es como

CRÓNICA

decir, un diagnosticador del espíritu que encierra y mueve toda obra de creación. Se definió y definió cuanto de algún modo le rodeó. Y enseñó a cuantos estuvieron cerca de él a saber definir sobre sus propias emociones. Lo que supo estuvo al servicio de sus discípulos, porque era natural que un hombre así dotado se viera rodeado de discípulos, aunque fuera teóricamente.

Tenía 17 años cuando se despidió de su suelo natal. Iba en busca de amplios horizontes. Conoció otros climas y otras gentes. Pero sobre todo conoció nuevas obras en cada día. Pero no perdía el tiempo en lecturas sin substancia. Su capacidad de enjuiciar sorprendía. Así pudo conocer todo cuanto se producía en América, sin dejar de estar al tanto de lo que se publicaba en todos los centros culturales del mundo. Le apasionó tanto el teatro escandinavo como el norteamericano, la filosofía francesa como el ensayismo inglés. Sabía al detalle cuanto se refería al teatro griego como a los diálogos de Platón. Y así, y sólo así, teniendo como fondo una cultura que fué asombro de sus amigos de más vasta erudición, le fué dado acometer esa definición de la cultura americana que quedó como su obra más eminente, porque será siempre guía.

Tenemos en nuestra mesa todos sus libros. Fueron pocos, para una vida tan consagrada. Pero si hacemos la cuenta de lo que contienen, veremos que en ellos no ha quedado nada sin apuntar. Es como un vasto programa que no pudo realizar totalmente. Lo que dejó terminado, tiene el aire de lo definitivo, de lo incommovible. Pero lo más está en pautas, en directrices que no tuvo tiempo de recorrer. Los que le conocieron más de cerca, desde su misma formación, y entraron en el molde de su misma hechura, nos dan la impresión de una plenitud desconcertante para sus pocos años. Alfonso Reyes, el mejor testimonio de sus años de México, donde transcurrió su juventud —“aquella juventud que no ardía en volubles llamaradas, sino que doraba a fuego lento su voluminosa hornada de horas y de estudios”—, nos da en su evocación del joven maestro una imagen de lo que era, y cómo era, el Pedro Henríquez Ureña que desde temprano concibió una misión en torno de sí, donde quiera que estuviera, misión propia de un maestro y de un discípulo predilecto de Sócrates. Porque se ha hablado con razón de su socratismo, refiriéndose no sólo a su modo de enseñar sino a su manera de proclamar por sobre todo la verdad. Su interrogación era

implacable, nos dice su hermano gemelo en el saber y la cultura, "para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora". Su testimonio era el de un "testigo insobornable". "Un testigo del mundo" lo llamará José Luis Romero. Lo que hizo en México quedó con su marca, se aceptara o no, y aquella generación que lo tuvo cerca se nutrió en gran medida de sus propios valores y de sus prácticas. Y en México quedó su nombre unido a uno de los movimientos más vigorosos y decisivos en la dirección de su cultura. Y no pasó por ningún escenario del mundo sin que dejara impresa su huella en el grupo que le rodeaba. Nos atrevemos a pensar que su larga estancia final en la Argentina, donde se movió en ambiente de mayor alcance y pudo aquilatar su largo saber almacenado, redundó también para la juventud de aquel país en una gran lección de americanismo. Se le sintió como un misionero de la utopía de América, su primer mensaje a la juventud del gran país de Sarmiento. Puso por delante de las presunciones ambientales la idea de que para nosotros América era un objetivo y estaba por sobre toda otra aspiración. Mereció cabalmente, por eso, que Francisco Romero lo llamara "el buen americano".

El 11 de mayo de 1946, en su diario viaje de Buenos Aires a La Plata, donde desempeñaba una de sus cátedras, sus compañeros le vieron caer exánime. Murió como era propio que muriera: por estallido interior de su cerebro o de su corazón, sobrecargados de pensamientos y de preocupaciones. Su patria adoptiva, en la que había enseñado por veinte años, le tejó sudarios de admiración y de cariño. Pero las sombras que se cernieron sobre el país, también por esos diez años, apenas dejaron vislumbrar sus enseñanzas, porque todos estaban sufriendo el dolor inmerecido de ver la inteligencia perseguida, y él era uno de los más altos representantes de esa inteligencia. Esperamos que en este día de claridad, se evoquen su vida y sus desvelos, y se le rinda el merecido tributo que ya por todas partes asoma, que lo proclama maestro de la juventud americana.

FÉLIX LIZASO.

APUNTES PARA EL ESTUDIO DE LA OBRA CULTURAL DE MITRE

La múltiple labor de Bartolomé Mitre hasta 1852 tuvo amplia expresión en Uruguay y Bolivia.

Eludimos las adjetivaciones encomiásticas para consagrarnos exclusivamente al estudio de su inmensa faena en el campo cultural, que de por sí, presupone su mayor elogio. Sólo la comprensión, el conocimiento de sus trabajos, puede dar una idea cabal de la grandeza de este hombre.

En el Uruguay, colabora en los principales periódicos de la época: El Nacional, Nueva Era, La Tarde, El Iniciador, El Talismán, El Corsario, El Tirteo, El Defensor de las Leyes. Su obra más meritoria es, en la tierra oriental, la vida de Rivera Indarte, que el gobierno uruguayo, por intermedio del ministro don Santiago Vázquez, le encargara escribir, a su muerte. Preparó también la biografía de Artigas, la Instrucción Práctica de Artillería y un estudio sobre la batalla de Cagancha, contestando a una nota de El Nacional firmada por Indarte. De este trabajo, Mitre no estaba satisfecho, porque lo había escrito "completamente de memoria y sin documento ninguno a la vista" 1.

A los dieciséis años apunta su pasión de crítico y polemista, al publicar un artículo en La Tarde, contra Francisco Acuña de Figueroa, el distinguido bardo uruguayo. Y poco después, su pluma, desde El Defensor de las Leyes, arremete con las tendencias teatrales de la época, escribiendo el ensayo **Reflexiones sobre el teatro y los que siguen esa honrosa profesión**. En 1838 publica su primer libro, **Ecos de mi vida**.

La amistad que nace en Montevideo con Andrés Lamas y Miguel Cané habría de perdurar en su espíritu con afectuosas resonancias. En compañía del primero, Mitre funda una de las grandes instituciones montevidéanas de cultura: el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, el 25 de mayo de 1843.

Tres años antes había estrenado un buen drama teatral —**Cuatro Epocas**—, en cinco actos en prosa y verso, dado a conocer en el San Felipe de Montevideo. Traductor del Ruy Blas, de Víctor Hugo, podemos citar como uno de sus últimos

1. El Diario de la Juventud de Mitre (1843-1846), Buenos Aires, 1936.

trabajos culturales en el Uruguay, el hermoso poema *Al sol del 25 de mayo de 1844*, leído con unción patriótica por el mismo Mitre tras la palabra altiva de Acuña de Figueroa, que lo miraba con respeto y curiosidad por el talento que afloraba en el joven escritor y militar.

La solidez intelectual de Mitre tenía una firmísima base en las lecturas y estudios emprendidos con sincera pasión de autodidacta, que vemos revelada en su *Diario de la Juventud*, exhumado en 1936 por *La Nación* y publicado por la Institución Mitre.

Como alguna vez bien lo ha calificado Gandía, el ilustre patricio es el fundador de la historia de las ideas en nuestra patria. En efecto; Mitre, ya a los veintidós años, reconocía la importancia de las ideas por sobre otros conceptos. "La experiencia — se definía sabiamente en su *Diario de la Juventud* — no consiste en haber vivido y haber visto mucho; es necesario haber observado y en este sentido un joven profundo y pensador puede tener mucha más experiencia que un anciano que haya recorrido el mundo sin fijarse en él".

"...Me falta un estilo propio". Esta confesión aterradora en un escritor, habla del poder autocrítico de Mitre, confesión que luego, pocos días después, agranda con un despiadado análisis de su estilística: "Necesito corregir mi estilo o el modo de escribir, que yo llamo así. Le falta nervio y precisión. Está cargado de neologismos, de períodos huecos, aunque algunas veces llenos de armonía. El brillo que tiene es falso y gasto demasiadas palabras para expresar cosas pequeñas. Carece de nobleza para elevar los asuntos humildes, y uso frecuentemente de cosas más bellas que útiles. Las imágenes están desparrahadas con mucha profusión y debilitan más bien que dan fuerza a la expresión..." Mitre se superaba día a día. Eran los años de su formación intelectual, y aun cuando, desde luego, su vocación estaba decidida, le faltaba cierta seguridad en algunas convicciones. Comprendía que sólo el estudio, en ordenado desorden de temas y autores, que es la verdadera fuente de la solidez cultural, podía completar la formación cuya falta intuía y confesaba sin rubor.

Pues bien; el *Diario de la Juventud*, como hemos dicho, representa una de las mejores bases para el estudio de sus antecedentes intelectuales. Michelet y Villemain en historia, Voltaire en filosofía, Byron y Lamartine en poesía, Cuvier en geología, Commenin en política, pasan por sus ojos, penetran en su cerebro, se anidan en su espíritu con indecible fuerza. Y los

crítica y los enjuicia. Hasta ahora no se ha dicho de Mitre, que nosotros sepamos, que es el creador de la crítica literaria. Lo sostenemos. Esa conciencia crítica ha nacido con él, se desarrolló luego y hoy, salvo meritorias excepciones, muere plácidamente ante la indiferencia de autores consagrados e instituciones de hipotética jerarquía. Mitre no ignoraba la trascendencia del tema. "La crítica — ha estampado en su *Diario* —, muy especialmente en Francia y en Alemania, se ha elevado a rango de rama independiente en la literatura contemporánea. Su dirección y su mérito son independientes de la obra criticada, porque la crítica ha establecido su teoría, basada sobre determinados principios, con tendencias especiales de que, como hemos dicho, la han constituido en entidad independiente. Después de una reacción literaria, nada era más natural que una reacción crítica, que trataba de poner a raya los avances de la nueva invasión. Natural era que los críticos viniesen después de los innovadores". Tales los serios conceptos de Mitre sobre la crítica, desconocida hacia tal época en el Río de la Plata en cuanto instrumento literario propio.

Con poco más de dos décadas de vida, durante su permanencia en Montevideo —cuyo sitio brillantemente habría de destacar en *Ricordi dell'assedio di Montevideo*— poseía su continente cultural una visión histórica de amplitud sobre temas, por ejemplo, como el de la interpretación de la Edad Media. No creemos, puesto que no hemos encontrado rastros de ello, que Mitre conociera la escuela revisionista europea lo suficientemente a fondo como para aceptar todas sus conclusiones. Sospechamos que su concepción del medioevo era puramente personal.

"Es preciso confesar —dice Mitre criticando el *Ensayo sobre las costumbres*—, que Voltaire no ha comprendido o no ha querido hacer justicia a la Edad Media. Las angustias del año mil, expresadas en misticismo ardiente de aquella época; los bardos de la Italia tan fecundos en resultados; los progresos de la filosofía en aquel siglo, la sociedad de aquellos días, hija legítima del cristianismo, ¿dónde se encuentran, en la narración de Voltaire? No era dado al siglo XVIII comprender aquella época de amor y de plegaria, en que el individuo se absorbía en la divinidad haciendo una abnegación completa al pie de los altares y elevaba su pensamiento a Dios en portentosas catedrales".

Incidentalmente, Mitre comete un error al definir a Voltaire como el espíritu histórico del siglo XVIII, lo cual afirma nuestra creencia de que desconocía el proceso histórico del revisio-

nismo medievoal. Ello, en toda forma, indica mayor mérito al concepto de Mitre, producto de un estudio razonado y sereno.

* * *

Tenía veinticinco años cuando el Presidente boliviano Ballivián lo llama a su lado, invitándolo a su señorial casona al pie del Illimani. Quería el mandatario que el joven militar-poeta —a tal definición llegaba su fama por entonces— dirigiese la escuela militar de su país. El trabajo realizado por el proscripto argentino no se limitó por cierto a tales funciones, sino que hurgó, curioso y atento, en los problemas económicos y sociales de la bella nación altoperuana, dejando testimonios de su investigación y de sus estudios en las columnas de *La Época*, diario del que fuera uno de sus más prestigiosos redactores, y en el que debatió el diferendo de límites con Perú. Nadie como Bartolomé Mitre —y de ello lo atestiguan escritores bolivianos como Alcides Arguedas— se preocupó tanto por resolver los profundos dilemas del país de Ballivián. Era este mandatario un militar inteligente, superior en cultura a cualquiera de sus contemporáneos compatriotas, y dotado de una exacta comprensión sobre la realidad de las difíciles horas por las que habría de pasar su tierra. Comprendía, con lucidez, que en la cultura, en los hombres de pensamiento, estaba el más seguro cauce de la democracia boliviana. Ballivián y Mitre se hallaban, con esos honrosos antecedentes, destinados a una gran amistad.

Es en Bolivia donde, al margen de los medulosos artículos periodísticos, Mitre escribe su primera novela, *Soledad*, aparecida en folletín en el diario, y editada en libro en 1847.

En *Lalava* (o *La Lava*) y *Vitiche* muestra su ardor de guerrero. Jefe de Estado Mayor de Bolivia, expone sus inteligentes tácticas militares ante los soldados nativos, que lo admiran como a un héroe nacional.

En él "encontramos el acento acongojado de la emoción por gentes anónimas que sufren y mueren en defensa de una causa cuyo gran ideal no alcanzan a sospechar siquiera; Mitre es el prestigioso evocador del sombrío drama altoperuano y nadie como él, hasta ahora, ha sabido darle relieve de epopeya" (Alcides Arguedas).

La revolución triunfante contra Ballivián le obliga a dirigir sus pasos al Perú. Mas las preocupaciones por la derrota de su amigo y la inseguridad personal que preveía, desaparecen por completo al llegar a Tiahuanaco, donde pide permiso a los

soldados que los custodian, para observar las viejas ruinas pre-incásicas. Su espíritu sutil, su cerebro lúcido, su vocación por la historia y su amor por las bellezas del pasado americano, sufren una tremenda conmoción. Esas piedras que está pisando, esas ruinas que sus ojos miran entre ensoñaciones traslúcidas de visiones terribles, esas huellas que rezuman olor de historia y de leyenda, de sangre y sacrificios, fueron testigos fantasmales de un nuevo acontecer en el pasar inexorable del tiempo: la civilización tiahuanaca. Historiógrafo y arqueólogo, profundo conocedor de las ideas, todas estas dotes se complementan entre sí, en admirable simbiosis intelectual, para gestar el proyecto magno de reconstruir la vida de estas piedras muertas que lo contemplan desafiándolo silenciosamente al replanteo histórico.

Bolivia, sí, quedará indisolublemente unida a su afecto, al ser inspiradora involuntaria de otra nueva faceta en su imponente e incansable obra cultural.

ARMANDO ALONSO PINEIRO.

EL ISONDÚ

"El isondú es la larva más hermosa que existe en América; su cabeza color de rubí brilla con espléndido fulgor; muchos rayos de luna se alojaron en sus anillos de modo que al moverse en la oscuridad, produce una luz más intensa que la de las luciérnagas".

He tomado este párrafo, del conocido libro de lecturas variadas para las escuelas comunes, de la señora Elina G. A. de Correa Morales, precisamente titulado "Isondú"; dice su autora que le ha dado el nombre de una joya de nuestra fauna esperando que "ilumine, aunque sea con fugitivos resplandores, las inteligencias infantiles a las cuales está destinado".

Isondú en guaraní significa gusano de luz y se aplica este nombre a una especie extraordinaria de coleóptero fengódido verdadera maravilla en el pequeño mundo entomológico, tal como anota el naturalista Holmberg. Mencionada por don Félix de Azara en las famosas memorias de sus viajes por estas tierras y por Marcos Sastre en "El Tempe Argentino" mucho se ha escrito sobre ella, destacándose siempre su belleza.

No se descarta la posibilidad de que en realidad existan dos o más especies de isondú; la que yo he examinado y que más a menudo citan los autores consultados, es aquella clasificada y denominada *Phengodes hieronymi*, por el especialista Haase; la estudió ampliamente en dos trabajos aparecidos en sendas revistas alemanas de entomología los años 1886 y 1888, en base a materiales que le enviara el célebre botánico J. Hieronymus y que fueron recogidos también en la provincia de Córdoba. La especie ha sido hallada además, en Santa Fe y Tucumán y sobre todo, en el territorio de Misiones.

Los fengódidos, familia en la cual se clasifica el isondú, son coleópteros cantaroideos que resultan realmente notables por la profusión con que suelen distribuirse los órganos fotógenos o productores de luz. Se estima que esa luminiscencia, en los adultos juega un papel importante en la aproximación de los sexos pero el fenómeno es difícil de explicar cuando se observa en los huevos, larvas y pupas que también pueden ser luminosos en mayor o menor grado.

Extraordinario es nuestro enigmático isondú por presentar hembras larviformes, por las características del macho y, principalmente, por producir luces de dos colores, verdosas y rojizas. Las hembras adultas apenas si se diferencian de las larvas por sus ojos más desarrollados y por el mayor número de artejos de las antenas; son alargadas, muy pubescentes, dorso-ventralmente aplanadas y de color general pardo-rojizo; los distintos segmentos están bien marcados y aparecen fuertemente quitinizados; miden de cuatro a cinco centímetros de longitud. Dado su aspecto, es tomada a menudo por una larva, cuando se trata en realidad de un verdadero imago. Los machos adultos en cambio, tienen la apariencia general de los cantaroideos pero llaman la atención de inmediato por los procesos, densamente pubescentes, que presentan los distintos artejos de las antenas.

Aunque se dispone de muy pocos datos acerca de la biología del isondú, conviene anotar que, en general, los fengódidos son insectos carnívoros de hábitos nocturnos y que las especies del género *Phengodes* se alimentan de miriápodos, vulgarmente llamados ciempiés y milpiés.

En la oscuridad de la noche, el isondú en actividad y con todas sus luces, resulta de una belleza extraordinaria; la luz anterior es rojiza como la de un cigarrillo encendido mientras que las restantes, por pares y a cada lado del cuerpo, son verdosas; dice Sharp que en el Paraguay llaman isondú "picho

CRÓNICA

tren" y en verdad, que moviéndose en la noche recuerda un tren de pasajeros en marcha visto a la distancia.

Circula una leyenda según la cual el isondú guió con su resplandor a la madre que rescataba a su hijita prisionera del Yasi-Yateré, el enano que roba los niños.¹

LUIS DE SANTIS.

CONMEMORACIÓN DEL «DÍA DE LA RAZA»

Nuevamente nos reunimos en íntimo recogimiento espiritual, para volver nuestra mirada al pasado. Hoy, no la detenemos en los hitos que marcan nuestro proceso histórico; hoy miramos más allá, abarcando el acontecimiento fundamental que gravitó sobre el destino de un continente. Aquella raza cuya planta holló por primera vez las feraces tierras vírgenes, trajo consigo las más completas y, a veces, antagónicas realidades. Realidad de valentía y audacia, de huida y peregrinaje; realidad de conquista y voluntad de dominio, de lealtad y sumisión; realidad de avidez, pero también de piedad, y de caridad; realidad de fe... Fe en el logro de poder o de oro, en el hallazgo de nuevos horizontes, en la satisfacción del ansia de aventura, y como pilar, móvil y esperanza, fe en Dios.

Nuevamente nos reunimos, hemos dicho, porque un lazo común nos hermana, un lazo que nos une por Divina Voluntad, con unión trascendental de naturaleza y espíritu; porque este pequeño núcleo formado por nosotros, aquí y ahora, no es sino el exponente de un núcleo infinitamente superior en cantidad y calidad, que se gestó desde el fondo mismo de la raza humana, en sucesivos alumbramientos carnales y espirituales. Por obra de esa fuerza abismal, que mana con pujanza arrolladora, se esbozó una raza y con ella, un estilo de vida y un ideal de nacionalidad; una raza cuyos contornos apenas diseñados en este breve lapso del devenir temporal, será en el

1. El material estudiado en esta nota fué facilitado por el ingeniero agrónomo Modesto A. Wolter, quien lo coleccionó en Las Serranitas (provincia de Córdoba). También debo al mencionado profesional valiosa información sobre este insecto.

futuro, que sólo vislumbramos, plasmada con precisa forma y neto perfil.

Esta raza, nacida de manantiales humanos antropológicamente distintos, de diversas corrientes culturales, de estructuras anímicas radicalmente divergentes, posee en su núcleo esencial todas las potencialidades posibles y todas igualmente valiosas. La acabada realidad de tales virtudes será obra del decurso histórico, durante cuyo desenvolvimiento se harán patentes los gérmenes implícitos en aquel nexo original.

Lo que fué coraje e intrepidez, ardor y furia hispana, nobleza de estirpe, blasón de raza pura, se suavizó con la incorporación de nuevos aportes sanguíneos y sus diversos caracteres atávicos: unión, renovación y en cierto sentido retroceso; retroceso, sí, pero como para aunar fuerzas y avanzar luego con mayor empuje, distinta en su esencia, más joven y espontánea.

Así, esta raza nuestra, siempre renovada, se afirma en el pasado, pero se proyecta al porvenir en el que radica su realización absoluta.

Y es el camino entre el presente y el futuro, sucesión de jornadas, ya exitosas, ya frustradas en una marcha siempre ascendente hacia el promisorio horizonte de su destino...

DELIA A. A. DE AMOROSO.

	Pág.
Nicolás Besio Moreno	Sentido de la instrucción y de la educación
Carmen Blanco Amores	Los títeres en la historia
Francisco E. Maffel	Comentarios platónicos
Santiago R. Olivier	Viaje a Tierra del Fuego
Mario Pei	La maravillosa historia de los nombres de lugar y de persona
Luis María Ravagnan	A propósito de la Gestalttheorie
Jorge Max Rohde	Farinata Degli Uberti en el Infierno Dantesco
Werner Jaeger	Demóstenes: El fin
Augusto Marinoni	Unidad del pensamiento vinciano
Arturo Marasso	Una identificación con el todo: Maurice de Guérin
Gustaf Stromberg	Espíritu y materia
Iris A. Ibáñez	La libertad y su lento aprendizaje
Raoul Combes	Energía radiante
Nicolai I. Vavilov	Centros mundiales comunes donde se han originado las formas de las plantas cultivadas
Carlos Vaz Ferreira	Acerca de los libros y los textos
Jorge H. Moreno	Consideraciones epistemológicas acerca de la Pedagogía para excepcionales
Jack V. Hall	El color en la enseñanza de la Aritmética
Tomás Saraví Arce	Aproximación a lo inexplicable en la educación secundaria
Paul Foulquié	Pedagogía Psicológica
Amalia Antelo de Brito	La copia en la escuela
Manuel Trigo Viera	Un caso de enseñanza objetiva
Enrique Rioja	El coral rojo
Joaquín V. González	La flor del aire
A. Houghton Brodrick	Los primeros dibujantes
Edmund Halley	La predicción de la vuelta de un cometa
Antoine de Saint-Exupéry	Vuelo de noche
Rufino José Cuervo	Voces americanas
Arturo Costa Álvarez	La definición, el significado y la aceptación
Gonzalo Sobejano	Valor estilístico del epíteto
Clemente Orlandi	Los diminutivos del nuevo Diccionario
Miguel E. Brihuega	Eduardo Krapf, Angustia, Tensión, Relajación
Ángel D. Márquez	Juan Mantovani, Educación y Vida
M. Colomba Bolaños	D. Dubarle, Humanismo científico y Razón cristiana
Germán Berdiales	J. C. Ghiano, Lugones escritor
J. F. Finó	L. Lasso de la Vega, La selección de libros
Néstor A. Moreno	Ernst Krieck, Bosquejo de la ciencia de la educación
Jean F. Lyotard	La introspección
Mario Jorge de Lellis	Poesía y no poesía
René Grousset	El hombre y su historia
José Liebermann	Naturalistas y exploradores
Francisco Suáñez Martínez	La mirada y la voz
La Dirección	La crítica y sus deberes
Félix Lizaso	Evocación de un maestro: Pedro Henríquez Ureña
Armando Alonso Piñeiro	Apuntes para el estudio de la obra cultural de Mitre
Luis de Santis	El isondú
Delia A. A. de Amoroso	Conmemoración del "Día de la Raza"

Por un sentimiento instintivo somos en cierto modo compatricios de cuantos hablan nuestra misma lengua, y es la literatura vaciada en ella el alimento en que más de grado se apacienta nuestro espíritu. Por eso mejor que dentro de ficticios linderos se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cervantes, de Shakespeare y de Goethe; y por eso cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es propender a avigorar sus simpatías y relaciones, hasta hacerlos uno solo; que la unidad de la lengua literaria es símbolo de unidad intelectual y de unidad en las aspiraciones más elevadas que pueden abrigar los pueblos. De aquí la conveniencia de conservar en su integridad la lengua castellana, medio providencial de comunicación entre tantos millones de hombres que la hablan en España y en América.

RUFINO JOSÉ CUERVO.

Apuntaciones Críticas.